

Área 7

Matthew Reilly

Traducción de María Otero González



Libros publicados de Matthew Reilly

1. El templo
2. Antártida: Estación polar
3. Área 7

Título original: *Area 7*

Primera edición

© Matthew Reilly, 2001

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/ Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».

28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-665-0 Depósito legal:

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Para John Schrooten, mi buen amigo.

Agradecimientos

Intentaré ser rápido. Muchísimas gracias una vez más a:

Natalie Freer, que vive (y soporta) mis excentricidades creativas muy de cerca. Su paciencia y generosidad no conocen límites.

Mi hermano, Stephen Reilly: escritor atormentado, crítico constructivo y creativo, y buen amigo; y a su mujer, Rebecca Ryan, porque para mí los dos son un todo.

Mis maravillosos padres, Ray y Denise Reilly, por animarme a construir decorados en miniatura para mis figuritas de *La guerra de las galaxias*; mi creatividad nace directamente de ellos.

Mis buenos amigos John Schrooten, Nik y Simon Kozlina, a todo el clan Kay (especialmente a Don, responsable de que redujera el tamaño de los felinos en *El templo*) y a Paul Whyte por acompañarme en el extraordinario viaje a Utah durante la investigación previa a este libro.

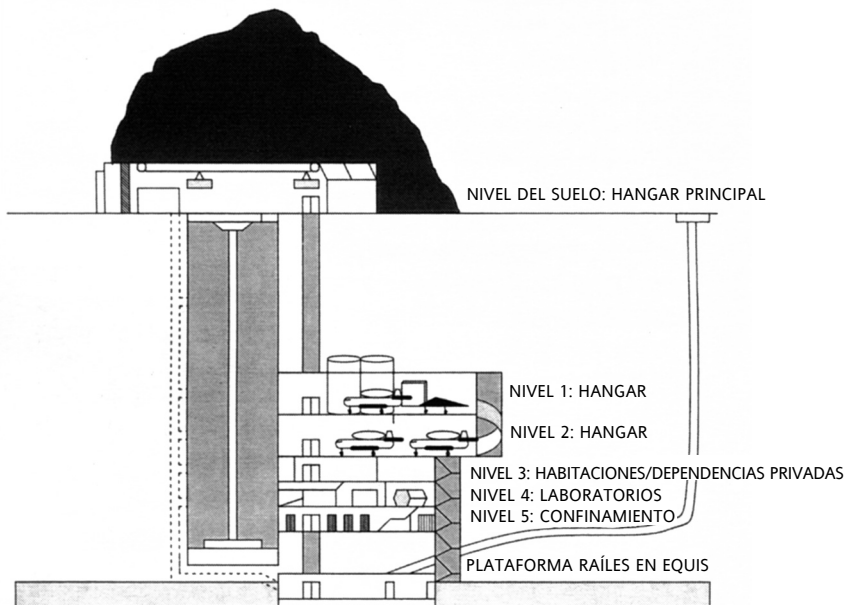
Quisiera hacer una mención especial a dos amigos estadounidenses: el capitán Paul M. Woods, del ejército de Estados Unidos, y el sargento de artillería del Cuerpo de Marines Kris Hankinson (ya retirado), quienes me ofrecieron con gran generosidad su tiempo y me ayudaron con los detalles militares del libro. Cualquier posible error presente en el libro es culpa mía, y ha sido cometido a pesar de sus objeciones.

Y, finalmente, gracias de nuevo a todos los que trabajan en Pan Macmillan. Ya es nuestro cuarto libro juntos y todavía seguimos con la ilusión del primer día. Gracias a Cate Paterson (legendaria editora), Jane Novak (legendaria publicista), Sarina Rowell (legendaria correctora) y Paul Kenny (legendario). Y, por supuesto, como siempre, a los comerciales de Pan por las incontables horas que pasan en la carretera entre librería y librería.

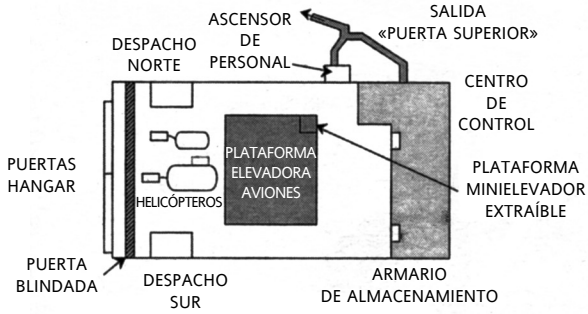
A todo aquel que conozca a un escritor, que jamás infravalore el poder que tienen sus ánimos y apoyo.

Bueno, y ahora ¡que comience el espectáculo!

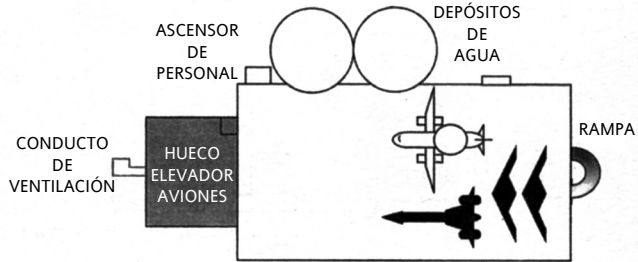
**ÁREA 7, BASE MILITAR
DE LA FUERZA AÉREA DE EE. UU. (RESTRINGIDA)**



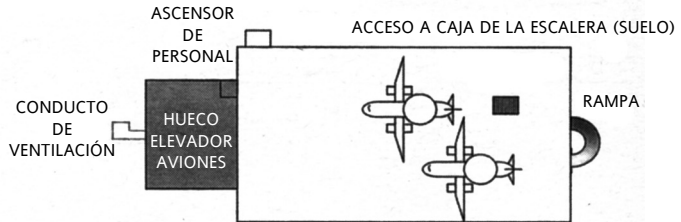
NIVEL DEL SUELO: HANGAR PRINCIPAL



NIVEL 1: HANGAR SUBTERRÁNEO



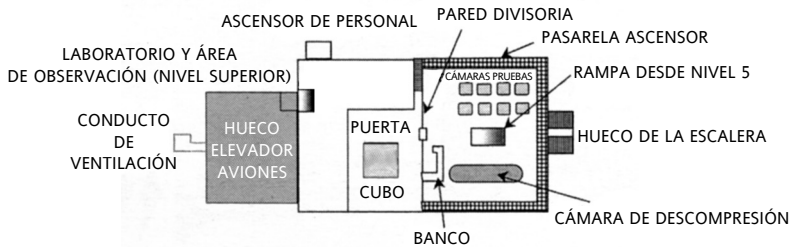
NIVEL 2: HANGAR SUBTERRÁNEO



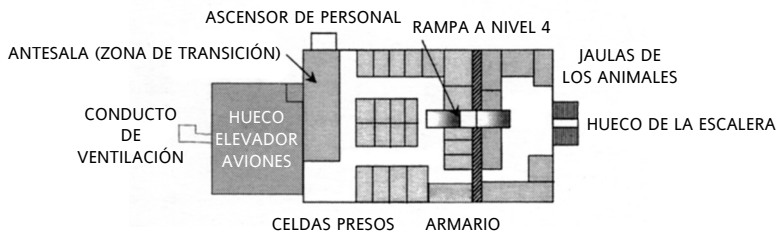
NIVEL 3: HABITACIONES/ DEPENDENCIAS PRIVADAS



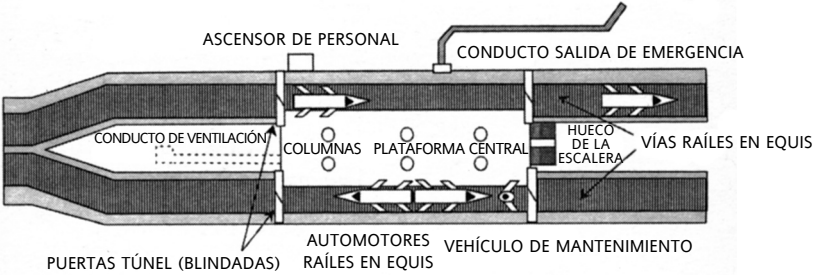
NIVEL 4: LABORATORIOS Y CUARENTENA



NIVEL 5: CONFINAMIENTO



NIVEL 6: PLATAFORMA RAÍLES EN EQUIS



«El mayor miedo al que se enfrenta Estados Unidos en la actualidad es que sus fuerzas militares dejen de tolerar la continua incompetencia de sus líderes civiles.»

—George K. Suskind,
agencia de Inteligencia del departamento de Defensa.
Declaración ante el subcomité de servicios armados de la
Cámara de Representantes de Estados Unidos,
22 de julio de 1996

«La diferencia entre una república y un imperio es la lealtad de su ejército.»
—Julio César

Introducción

De: Katz, Caleb

Discurso conmemorativo a C. B. Powell: «La presidencia»

(Alocución realizada en la facultad de Ciencias Políticas de la universidad de Harvard el 26 de febrero de 1999)

No existe otra institución en el mundo como el presidente de Estados Unidos.

La persona que ostenta este título se convierte de golpe en el líder de la cuarta nación más poblada de la tierra, en el comandante en jefe de sus fuerzas armadas y en el consejero delegado de lo que Harry Truman denominó «La mayor empresa en funcionamiento del mundo».

El uso del término «consejero delegado» hace inevitable las comparaciones con las estructuras empresariales y, hasta cierto punto, tales comparaciones son apropiadas. Aunque, ahora bien, ¿qué otros líderes empresariales en el mundo disponen de presupuestos de dos billones de dólares al alcance de su mano, autorización para hacer uso de la 82.^a División Aerotransportada a su voluntad y maletines que pueden lanzar un arsenal de devastación termonuclear contra sus competidores?

Entre los sistemas políticos modernos, sin embargo, la presidencia de Estados Unidos es única, por la simple y llana razón de que el presidente es a la vez jefe del Gobierno y jefe del Estado.

La mayoría de las naciones separan esas dos funciones. En el Reino Unido, por ejemplo, el jefe del Estado es la reina; el jefe del Gobierno es el primer ministro. Tal división nace de una historia de tiranos: reyes que ostentaban la corona, sí, pero que también gobernaban a su libre albedrío.

Pero, en Estados Unidos, el hombre que gobierna el país es también el «símbolo» del país. Sus palabras y actos son un barómetro de la gloria de su nación, pues su fortaleza es la fortaleza de su pueblo.

Recordemos a John F. Kennedy derrotando a los soviéticos durante la crisis de los misiles en Cuba, en 1962.

Los nervios de acero de Harry Truman al tomar la decisión de lanzar la bomba atómica sobre Japón en 1945.

O la sonrisa de confianza de Ronald Reagan.

Su fortaleza es la fortaleza de su pueblo.

Pero ello también implica ciertos peligros. Pues, si el presidente es la personificación de Estados Unidos, ¿qué ocurre cuando algo sale mal?

El asesinato de John F. Kennedy.

La dimisión de Richard Nixon.

La humillación de William Jefferson Clinton.

La muerte de Kennedy supuso la muerte de la inocencia estadounidense. La dimisión de Nixon clavó un cuchillo en el optimismo del país. Y la humillación de Clinton fue la humillación mundial de Estados Unidos (en las cumbres sobre paz y seguridad y en las conferencias de prensa de todo el mundo, la primera pregunta que se formulaba sobre Clinton siempre guardaba relación con sus escaños sexuales en la sala adjunta al despacho Oval).

El presidente de Estados Unidos es más que un hombre, ya sea en la muerte o en el escándalo, en el coraje o en la contundencia. Es una institución, un símbolo, la personificación de una nación. Su espalda porta las esperanzas y sueños de doscientos setenta y seis millones de personas... [Páginas 1-2]

De: Farmer, J. T.

¿Coincidencia o asesinato coordinado?

La muerte del senador Jeremiah Woolf

Artículo extraído de *The Conspiracy Theorist Monthly*

[Tirada: 152 copias]

(Delva Press, número de abril, 2001)

El cuerpo fue hallado en el bosque que rodeaba la cabaña de caza propiedad del senador, en las montañas Kuskokwim de Alaska.

A decir verdad, en el momento de su muerte Jerry Woolf ya no era senador, pues había abandonado de manera repentina su escaño en el Congreso tan solo diez meses atrás alegando motivos familiares, lo que había causado gran estupefacción entre los expertos políticos.

Seguía con vida cuando lo encontraron (toda una proeza teniendo en cuenta la bala de alta velocidad alojada en su pecho). Woolf fue trasladado de inmediato en helicóptero al hospital Blaine County, a unos doscientos cuarenta kilómetros de allí, donde los médicos de urgencias intentaron en vano contener la hemorragia.

Pero los daños eran demasiado graves. Tras practicarle la reanimación cardiopulmonar durante cuarenta y cinco minutos, el otrora senador estadounidense Jeremiah K. Woolf falleció.

Hasta ahí, nada extraño, ¿no? Un terrible accidente de caza. Como tantos otros que suceden cada año en este país.

Eso es lo que el Gobierno quiere que crean.

Un dato: en los registros del hospital Blaine County figura un paciente de nombre Jeremiah K. Woolf que falleció en urgencias a las 16.35 horas del 6 de febrero de 2001.

Se trata del único documento que existe relativo a ese incidente. Los restantes documentos concernientes al examen médico realizado en el hospital fueron confiscados por el FBI.

Y ahora otro dato: el mismo día, el 6 de febrero de 2001, al otro lado del país, a las 21.35 horas exactamente, la casa de Jeremiah Woolf en Washington quedó destruida por una explosión, una explosión que mató a su mujer y a su única hija. Los investigadores concluirían posteriormente que la explosión se había debido a un escape de gas.

El FBI cree que Woolf (un vehemente y joven senador, azote del crimen organizado y candidato presidencial en potencia) fue víctima de una extorsión: «Déjanos tranquilos o mataremos a tu familia».

Esta afirmación es, sin duda, una cortina de humo del Gobierno.

Si Woolf estaba siendo víctima de un chantaje, bueno, solo cabe hacerse una pregunta: ¿Por qué? Había abandonado su escaño en el Congreso hacía diez meses. Y, si murió en un desafortunado accidente de caza, ¿por qué los documentos relativos a su estancia en el hospital fueron confiscados por el FBI?

¿Qué le ocurrió realmente a Jerry Woolf? Hasta la fecha, lo desconocemos.

Pero fíjense en este último detalle: debido a la diferencia horaria, las 21.35 horas en Washington son las 16.35 horas en Alaska.

Así pues, dejando a un lado accidentes de caza y chantajes mafiosos y válvulas de gas defectuosas, una cosa sí queda clara: en el mismo y preciso momento en que el corazón del otrora senador de Estados Unidos Jerry Woolf dejaba de latir en la sala de urgencias de un hospital de Alaska, su casa al otro extremo del país estallaba en una enorme bola de fuego...

Área 7

Prólogo

Pabellón de presos protegidos,
prisión federal de Leavenworth,
Leavenworth (Kansas)
20 de enero, 00.00 horas

Había sido su último deseo.

Ver por televisión la ceremonia de investidura.

Sí, habían tenido que retrasar una hora el viaje a Terre Haute pero, tal como la dirección de Leavenworth había razonado, si el último deseo de un condenado a muerte era razonable, quiénes eran ellos para negarse.

La luz parpadeante de la televisión rebotaba en las paredes de hormigón de la celda y unas voces metálicas resonaban a través de los altavoces:

—Juro solemnemente...

—Juro solemnemente...

—Que desempeñaré legalmente el cargo de presidente de Estados Unidos...

—Que desempeñaré legalmente el cargo de presidente de Estados Unidos...

El condenado a muerte miraba atentamente la televisión.

Y entonces, a pesar de que le quedaban menos de dos horas de vida, sonrió.

Su número de recluso era el T-77.

Era un hombre mayor, de cincuenta y nueve años de edad, rostro ovalado y curtido y cabello oscuro y liso. A pesar de su edad, era un hombre robusto, de complexión fuerte, cuello corto y ancho y grandes espaldas. Sus ojos eran de un negro impenetrable, infinito, e irradiaban una gran inteligencia. Había nacido en Baton Rouge (Luisiana) y, cuando hablaba, tenía un acento muy marcado.

Hasta hacía poco había ocupado el pabellón T, el sector de la prisión de Leavenworth para aquellos presos cuyas vidas corrían peligro si permanecían con el resto de la población reclusa.

Dos semanas atrás, sin embargo, había sido trasladado al pabellón conocido como «Sala de espera», otro pabellón especial donde aquellos que iban a ser ejecutados permanecían hasta su traslado a la prisión federal de Terre Haute (Indiana), donde les sería administrada la inyección letal.

Leavenworth, un fuerte en tiempos de la guerra civil, es una prisión federal de máxima seguridad. Eso significa que solo alberga a infractores de leyes federales, entre los que figuran delincuentes violentos, terroristas o espías extranjeros, capos del crimen organizado y miembros de las fuerzas armadas estadounidenses que venden secretos al extranjero, cometen delitos o desertan.

Asimismo, probablemente también se trate de la prisión más brutal de todo Estados Unidos.

Pero, al igual que sucede en el resto de cárceles de todo el mundo, su población reclusa (entre ellos, asesinos y violadores) había desarrollado con el paso del tiempo un sentido de la justicia de lo más peculiar: los violadores en serie sufrían violaciones a diario; los desertores del ejército recibían palizas con regularidad o, peor todavía, les marcaban las frentes a fuego con la letra de; los espías extranjeros, como los cuatro terroristas de Oriente Medio condenados por el atentado del World Trade Centre en 1993, perdían partes de su cuerpo.

Pero el trato más brutal con diferencia se reservaba para un tipo de reclusos en concreto: los traidores.

Al parecer, a pesar de todos sus crímenes y delitos, a pesar de todas sus atrocidades, los presos estadounidenses de Leavenworth (muchos de ellos soldados deshonrados) seguían profesando un profundo amor por su país. Los traidores morían asesinados durante sus primeros tres días en prisión.

William Anson Cole, el otrora analista de la CIA que había vendido información al Gobierno chino relativa a una misión inminente de los SEAL en el centro de lanzamiento espacial de Xichang, el epicentro de las operaciones espaciales de China (información que condujo a la captura, tortura y muerte de los seis miembros del equipo de SEAL), fue encontrado muerto en su celda dos días después de su llegada a la prisión. Tenía el recto completamente rasgado tras haber sido violado repetidamente con un taco de billar y lo habían estrangulado con la pata de una cama (una atroz simulación del método de estrangulamiento chino con cañas de bambú).

Aparentemente, el preso T-77 se encontraba en Leavenworth por asesinato; o, para ser más precisos, por ordenar el asesinato de dos altos oficiales de la

armada, un delito que en el ejército estadounidense se castiga con la muerte. Sin embargo, el hecho de que los dos oficiales de la armada a los que había matado hubieran sido asesores del Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos había elevado el delito a traición. Alta traición.

Eso, y su elevado rango, le habían hecho ganarse una celda en el pabellón de presos protegidos.

Pero incluso en ese pabellón ningún hombre estaba completamente a salvo. El reo T-77 había sido golpeado en varias ocasiones durante el breve periodo de tiempo que llevaba allí. En dos de esas ocasiones, las palizas habían sido tan brutales que había requerido transfusiones de sangre.

En su vida anterior su nombre había sido Charles Samson Russell y había sido teniente general de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Su alias: César.

Tenía un coeficiente intelectual de 182, un genio, y como tal había sido un oficial brillante. Metódico y agudo, había sido el máximo oficial al mando, de ahí su alias.

Pero sobre todo había sido... *paciente*, pensó César mientras veía la pantalla parpadeante de la tele.

Los dos hombres de la pantalla, el juez presidente de la Corte Suprema y el presidente electo, estaban terminando su dueto. La ceremonia tenía lugar en el pórtico oeste del Capitolio. Era un día gris y ventoso. El nuevo presidente tenía la mano sobre la Biblia.

—Y que sostendré, protegeré y defenderé la Constitución de Estados Unidos...

—Y que sostendré, protegeré y defenderé la Constitución de Estados Unidos...

—Empleando en ello el máximo de mis facultades. Que Dios me ayude.

—Empleando en ello el máximo de mis facultades. Que Dios me ayude.

Quince años, pensó César.

Quince años había esperado.

Y ahora, por fin, había sucedido.

No había sido nada sencillo. Habían tenido varios intentos fallidos, incluido el de aquel candidato que se había presentado a la vicepresidencia pero que había perdido de manera arrolladora en las elecciones. Cuatro candidatos más habían llegado a las primarias de New Hampshire, pero no habían logrado asegurarse la candidatura de sus partidos.

Y, claro está, siempre había algunos (como ese tal Woolf) que decidían abandonar la política antes de haber comenzado siquiera a explorar su potencial presidencial. Había supuesto un gasto extra, pero no importaba. Incluso el senador Woolf había sido de utilidad.

Pero ahora...
Ahora era diferente.
Ahora sí tenía a alguien.

Su teoría partía de un hecho muy simple.

Durante los últimos cuarenta años, todos los presidentes de Estados Unidos habían pertenecido a dos clubs de lo más elitistas: gobernadores de estado y senadores federales.

Kennedy, Johnson y Nixon fueron todos senadores antes de convertirse en presidentes. Carter, Reagan y Clinton fueron todos gobernadores. Las únicas excepciones habían sido George Bush padre y Gerald Ford (Bush había sido miembro de la Cámara de Representantes, no del Senado, y la llegada a la presidencia de Ford merecía una clasificación aparte).

Pero, tal como el general Charles Russell también había descubierto, los hombres poderosos eran también hombres con una salud extremadamente impredecible.

Los estragos de sus trenes de vida políticos (elevado estrés, viajes constantes, falta de ejercicio) a menudo pasaban factura a sus cuerpos.

Y, si bien colocar el transmisor en el corazón de un presidente era casi imposible, dada la limitada procedencia de los presidentes estadounidenses (senadores y gobernadores), colocarlo en el músculo coronario de un hombre antes de que este alcanzara la presidencia no era del todo improbable.

Porque, después de todo, un hombre es tan solo un hombre hasta que se convierte en presidente.

Las estadísticas de los quince años posteriores hablaban por sí solas.

El cuarenta y dos por ciento de los senadores estadounidenses habían sido intervenidos de la vesícula biliar durante su mandato, pues los cálculos biliares son un problema común en los hombres de mediana edad con sobrepeso.

Del cincuenta y ocho por ciento restante, solo cuatro se libraron de cualquier tipo de intervención quirúrgica durante sus carreras políticas.

Las operaciones de hígado y riñones fueron también muy habituales, además de baipases coronarios (el tipo de intervención en el que resultaba más sencillo colocar el dispositivo) y no pocos problemas de próstata.

Y luego estaba ese otro caso.

A la mitad de su segundo mandato como gobernador de un importante estado del sudoeste del país, el sujeto se había quejado de fuertes dolores en el pecho y de problemas para respirar. Las pruebas realizadas por el equipo de cirugía de la base de la Fuerza Aérea sita a las afueras de Houston habían

revelado una obstrucción en el pulmón izquierdo del gobernador causada por un exceso de tabaco.

Gracias a un hábil procedimiento con cámaras de fibra óptica de última tecnología e instrumentos quirúrgicos de minúscula escala monitorizados (nanotecnología), se eliminó la obstrucción y se aconsejó encarecidamente al gobernador que dejara de fumar.

Lo que el gobernador no sabía, sin embargo, es que durante la operación el cirujano de la Fuerza Aérea le había colocado otra pieza de nanotecnología (un radiotransmisor microscópico del tamaño de un alfiler) en la pared externa de su corazón.

Fabricado en plástico evanescente (un material semiorgánico que, con el tiempo, se disolvería parcialmente en el tejido externo del corazón del gobernador), el transmisor acabaría perdiendo su forma inicial y se deformaría, lo que le conferiría la apariencia de un inofensivo coágulo de sangre e impediría así su detección mediante técnicas de observación tales como los rayos equis. Cualquier otra cosa más grande o con una forma más regular sería detectada en el primer reconocimiento médico del presidente entrante, y no podían permitir que eso ocurriera.

Como última precaución, el radiotransmisor fue colocado, desactivado, en el cuerpo del gobernador. El sistema de barrido electrónico AXS-7 de la Casa Blanca detectaría una señal de radio no autorizada al instante.

No.

La activación se produciría después, llegado el momento.

Como es habitual, al final de la intervención quirúrgica, se realizó una última operación: un molde de escayola de alto granulado de la mano derecha del gobernador.

Cuando llegara el momento, también sería necesario.

Los guardias fueron a buscarlo diez minutos después.

El general Charles César Russell, esposado y encadenado, fue escoltado desde su celda hasta el avión que aguardaba por él.

El vuelo a Indiana transcurrió sin incidentes, así como el traslado a la sala donde le sería administrada la inyección letal.

De acuerdo con el expediente, el preso, tumbado con los brazos extendidos cual Cristo en horizontal y con los brazos y piernas sujetos con correas de cuero, se negó a que le administraran la extremaunción. No pronunció sus últimas palabras ni expresó remordimiento alguno por sus delitos. Es más, durante todo el ritual previo a la inyección letal, no dijo una sola palabra; una actitud coherente con las acciones de Russell posteriores al juicio (su ejecución se había acelerado porque no había presentado apelación alguna).

El tribunal militar que lo había condenado a muerte había dicho que su delito era tan atroz que jamás saldría de la prisión federal con vida.

Y tenían razón.

A las 15.37 horas del 20 de enero se inició el lúgubre procedimiento. Cincuenta miligramos de pentotal sódico (para inducir la inconsciencia), seguidos de diez miligramos de bromuro de pancuronio (para detener la respiración) y, después, finalmente, veinte miligramos de cloruro de potasio para parar el corazón de Russell.

A las 15.40 horas, tres minutos después, el juez de instrucción del condado de Terre Haute certificó la muerte del teniente general Charles Samson Russell.

Puesto que el general no tenía familia, su cuerpo fue trasladado desde la prisión por miembros de la Fuerza Aérea de Estados Unidos para su inmediata cremación.

A las 15.52 horas, doce minutos después de haber sido declarado oficialmente muerto, mientras su cuerpo era trasladado a toda prisa por las calles de Terre Haute (Indiana) en la parte trasera de una ambulancia de la Fuerza Aérea, aplicaron al general las palas en el pecho y cargaron el desfibrilador.

—¡Fuera! —gritó uno de los médicos de la Fuerza Aérea.

El cuerpo del general se convulsionó con violencia cuando la corriente eléctrica penetró en su sistema vascular.

Ocurrió al tercer intento.

En el monitor electrocardiográfico colocado en la pared apareció un pequeño pico.

El corazón del general volvía a latir.

En cuestión de segundos, los latidos eran regulares y constantes.

Como el general Russell bien sabía, la muerte se produce cuando el corazón ya no es capaz de enviar oxígeno al cuerpo. La respiración oxigena la sangre de una persona y, posteriormente, el corazón de esa persona envía la sangre oxigenada a todo el cuerpo.

Russell había permanecido con vida durante esos doce cruciales minutos gracias al suministro de sangre hiperoxigenada que corría por sus arterias, sangre modificada biogénicamente con glóbulos rojos ricos en oxígeno; sangre que, durante un periodo de tiempo de doce minutos, había suministrado oxígeno al cerebro y a los órganos vitales de Russell, incluso a pesar de que su corazón había ya dejado de latir; sangre que había sido suministrada al general durante las dos transfusiones que había requerido tras las terribles palizas que había recibido en Leavenworth.

El tribunal militar había dicho que jamás saldría de la prisión federal con vida.

Tenían razón.

Mientras todo eso ocurría, en una celda vacía de la sala de espera de la prisión federal de Leavenworth, una vieja televisión seguía encendida.

En ella, el recién investido presidente (sonriente, extático, eufórico) saludaba a una multitud enfervorecida.

Aeropuerto internacional de O'Hare

Chicago (Illinois)

3 de julio (seis meses después)

Encontraron la primera en O'Hare (Chicago), en el interior de un hangar vacío en la zona más alejada del aeródromo.

Un barrido rutinario con un lector electromagnético a primera hora de la mañana había revelado una señal débil procedente de dicho hangar.

El hangar estaba completamente vacío, salvo por la cabeza situada en el mismo centro de aquel espacio interior grande y tenebroso.

Desde cierta distancia, parecía un cono de plata de metro y medio de altura colocado sobre un palé de carga. Pero, si se miraba más de cerca, podía verse que se trataba de una cabeza cónica diseñada para la inserción de un misil de crucero.

De ambos laterales salían unos cables que conectaban la cabeza a una pequeña antena parabólica que apuntaba en dirección ascendente. A través de una ventana rectangular situada en un lado de la cabeza, se podía ver un líquido luminoso de color púrpura.

Plasma.

Plasma explosivo. Tipo 240. Un explosivo cuasi nuclear extremadamente volátil. Suficiente para arrasarse una ciudad.

Investigaciones posteriores revelaron que la señal magnética detectada en el interior del hangar era parte de un complejo sensor de proximidad colocado alrededor de la cabeza. Si alguien se acercaba a menos de quince metros de la bomba, una luz de advertencia roja comenzaba a parpadear, indicando de esa manera que el dispositivo se había activado.

Los documentos de arrendamiento revelaron que el hangar vacío pertenecía a la Fuerza Aérea de Estados Unidos.

Posteriormente se descubrió que, a tenor de la información proporcionada por el registro de entradas del aeródromo, ningún miembro del personal de la Fuerza Aérea había pisado ese hangar desde hacía al menos seis semanas.

Se procedió a telefonar al comando de Transporte de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, en la base Scott.

Estos se mostraron de lo más evasivos. No sabían nada de la existencia de unas cabezas de plasma en sus hangares civiles. Lo comprobarían con su gente y contactarían con O'Hare tan pronto como les fuera posible.

Fue entonces cuando empezaron a llegar informes de todo el país.

Cabezas idénticas, todas ellas rodeadas por sensores magnéticos de proximidad y provistas de antenas parabólicas apuntando al cielo, habían sido encontradas en hangares vacíos de la Fuerza Aérea en los tres principales aeropuertos de Nueva York: JFK, La Guardia y Newark.

Y posteriormente en Dulles, el aeropuerto de Washington.

Y después en el de Los Ángeles, LAX.

San Francisco. San Diego.

Boston. Filadelfia.

San Luis. Denver.

Seattle. Detroit.

Catorce dispositivos en total, colocados en catorce aeropuertos por todo el país.

Todos activados. Todos preparados para su lanzamiento.

Todos aguardando una señal.